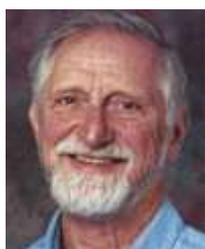


Con la publicación de este Documento queremos hacer un homenaje a la memoria de un gran profesional de la interpretación: Will LaPage, quien nos dejó en marzo de este año. Su legado como profesor, autor y fundador de la NAI, será siempre recordado.

DE LA SERIE *DEEP INTERPRETATION*:

El imperativo moral de la interpretación♦



Will LaPage

Traducido por *Boletín de Interpretación*.

Si la interpretación se basa en imperativos morales, ¿en qué consisten?, ¿cómo se comunican en nuestras políticas de interpretación, en las prácticas, en la administración, la formación y la evaluación?

En un vuelo de Austin a Albuquerque estaba imbuido en el capítulo uno de *El Imperativo moral*, cuando sentí un ligero tirón en mi manga, seguido de un acento claramente escocés: “Perdone que le moleste, solo le quería preguntar ¿qué es un imperativo moral?”. Observando mi expresión, mi compañera de asiento, ahora sonrojada de vergüenza, se

♦ Artículo publicado en *Legacy Magazine*, March/April 2015: 34-36.

Los Editores agradecemos a Paul Caputo, Editor de *Legacy Magazine*; Cem Basman, ex directivo de la NAI; y especialmente a Susan Cockrell, viuda de Will, por las gestiones y autorización para realizar la traducción y publicación de este artículo.

disculpó una segunda vez y volvió a estudiar el paisaje que había cuatro millas más abajo. “En realidad”, tartamudeé, “le estaba dando vueltas para llegar a una definición sencilla. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de aterrizar?”. Inmediatamente recibí la recompensa de una sonrisa agradecida. Por suerte, justo en ese momento llegó el auxiliar de vuelo (*steward*) con la bandeja de aperitivos y bebidas. Me pregunté casi en voz alta por qué simplemente no mostraban unas fotos a color de los alimentos de la línea aérea, como en los viejos tiempos. De todas formas, esta asistencia a los pasajeros (*stewarding*) me dio la oportunidad que estaba buscando.

“¿Sabía que el concepto de ‘custodia’ (*stewardship*) viene de los Estuardo (Stewarts) de Escocia?”. Ahora era su turno para lanzarme una mirada de perplejidad. Sin esperar una respuesta, le comenté que la custodia es un ejemplo perfecto de un “imperativo moral”, porque cuidar de los recursos es lo correcto. De hecho, el fracaso en la custodia conducirá, en última instancia, al colapso de la comunidad que necesita esos recursos. Su perplejidad se transmutó en una sonrisa pensativa. “O sea, si eso fortalece a la comunidad, es un imperativo moral, ¿no?”. En ese momento me percaté de la portada del libro que estaba leyendo: *El Tercer Reich*, de William Shirer. Ella continuó, muy lentamente: “¿De modo que Hitler creía que estaba siguiendo un imperativo moral, haciendo lo correcto, cuando comenzó a fortalecer a la comunidad alemana mediante la eliminación de todos los no arios?”. Y yo

respondí, sin mucha convicción: “Las creencias por sí solas rara vez son suficientes... solo intentaba encontrar una explicación sencilla. Lo siento, quizás mi ejemplo fue demasiado simple”.

Durante la siguiente hora y diez minutos, Sheila y yo (ya nos habíamos presentado) nos enfrascamos en un rápido y encendido intercambio de conceptos, intentando aclarar preguntas como: *¿La comunidad de quién?, ¿los imperativos de quién?, ¿las creencias de quién?*

Ella preguntó: “¿Qué define *lo correcto* de algo?”.

“Supongo que tiene que ser ético para ser correcto, ¿no?”, le contesté.

“¿De modo que hay maneras éticas y no éticas de fortalecer a una comunidad?”, preguntó.

“Obviamente. Bueno, quizás no es muy obvio en la práctica”, le dije.

“¿Qué sucede con la *lealtad* y el *honor*?”, preguntó, “¿son imperativos? ¿No tienes que tener lealtad para tener *comunidad*? Y, ¿qué pasa con el *orgullo*? ¿Puedes honrar a una comunidad de la que no estás orgulloso?”.

“Tal vez”, le dije, “¿pero qué pasa si es una comunidad de ladrones y vendedores de droga? Sabes que parece haber cierto tipo de *honor entre los ladrones*”.

“Por lo tanto, además de las creencias, tenemos que incluir *comunidad* y *honor*, como conceptos que no son tan simples como nos gustaría que fueran”, dijo ella.

“En la práctica, es mucho más complicado”, le dije. “¿Acaso no somos todos nosotros miembros de varias *comunidades* a la vez? Por ejemplo, ¿cómo podemos hacer lo correcto si los valores de nuestra comunidad de trabajo no se corresponden con nuestros valores familiares, o nuestros valores ambientales, o los valores en las relaciones humanas?”.

Lamenté mucho que nuestro vuelo llegara antes del horario previsto. Sheila y yo no habíamos comenzado a explorar los imperativos de *verdad*, de *educación* y de *ciencia*. Me gusta verme como un educador que busca la verdad. Aunque suscribamos el imperativo de *educación* si queremos que el mundo sea un lugar mejor, sabemos que hay una buena educación, una educación mediocre y hasta una mala educación; y esta última abunda en los medios de comunicación, en las calles, y donde quiera que el odio busque esparcir sus pringosas semillas. Por no mencionar la confusión entre buena ciencia y mala ciencia.

No llegué a comentarle a Sheila que estaba trabajando en una serie de artículos para la revista *Legacy* alrededor de la idea –espero que útil– de *interpretación profunda*. Por lo

tanto, ahora tengo que preguntar a los lectores ¿cuáles son los imperativos morales de nuestra profesión? ¿Cuáles cree usted que son los valores fundamentales, los más sólidos que intentamos fomentar, aquellos que nos hacen felices con nuestro trabajo, que dan sentido y valor a nuestra comunidad? ¿Estamos de acuerdo en cuál es la comunidad a la que intentamos servir? ¿Estamos de acuerdo en que nuestra comunidad no son solo los colegas de profesión y nuestros contactos en el trabajo, sino que incluye otra *comunidad de relevancia*, compuesta por los futuros habitantes de este planeta, los lugares, las criaturas y las personas que no tienen voz en los foros actuales? Y, ¿estamos de acuerdo en que no solo buscamos promover el aprecio por nuestro patrimonio ambiental y cultural? *Promoción*, en realidad no transmite el sentido de urgencia, ni la sensación de *antes de que sea demasiado tarde*, o nuestro sentido de la responsabilidad. ¿Y qué pasa con *construir, fomentar, realzar, o mejorar*?

Si estamos de acuerdo en que un sector muy amplio de nuestra comunidad relevante no tiene voz, ¿no es imperativo que nosotros brindemos esa voz?

Y si estamos de acuerdo en que es esencial un mayor aprecio público para proteger el patrimonio natural y cultural para esa comunidad, ¿no es imperativo que interpretemos no solo el patrimonio, sino también las amenazas a ese patrimonio? Por lo tanto, ¿cuáles podrían ser los imperativos que podríamos abrazar para entregar nuestro producto con profesionalidad y estar en el buen camino para perfeccionar el aprecio entre nuestra amplia comunidad? Si tuviéramos esta discusión cara a cara en el estrecho espacio de un cilindro de aluminio que volara sobre la Tierra a gran velocidad, posiblemente nuestro debate tomaría la forma de una contundente serie de preguntas, como estas:

- Si la interpretación es *lo correcto* para mejorar las visitas y alcanzar nuestros objetivos de conservación a largo plazo, ¿por qué no ha sido adoptada en el espectro de las instituciones y agencias de servicios en todos los niveles de la administración?
- Si la interpretación es la manera correcta de conservar nuestro patrimonio, ¿por qué la capacitación y la experiencia en interpretación no es un requisito para todos los trabajos administrativos en recursos patrimoniales? ¿No tendría que estar a bordo el jefe?
- Si la interpretación produce entendimiento, aprecio y, en última instancia, protección, ¿por qué no tenemos los indicadores *in situ* para probarlo, que demuestren si estamos progresando? Contamos con numerosos indicadores para los imperativos de la economía y de la salud pública.

- Si la interpretación es lo correcto para llegar a donde deberíamos estar, ¿por qué el lugar que ocupa en las políticas y presupuestos institucionales no refleja esa importancia? ¿Acaso ya hemos conseguido el reconocimiento perfecto?

En las últimas dos décadas, en un intento de abordar estas mismas cuestiones, muchos intérpretes (no todos) han abrazado imperativos tales como profesionalidad, investigación, educación, certificación, promoción y acreditación. El avance ha sido impresionante, pero ¿es suficiente? ¿Qué es lo siguiente en la evolución normal de la interpretación como profesión?

Durante el corto tiempo que me tomó el vuelo de Austin a Albuquerque, la población de Estados Unidos aumentó en varios cientos. Al final de ese día, habíamos añadido varios miles más; y para el año, cerca de medio millón. Durante ese mismo año, el número de intérpretes del patrimonio con contratos reales obviamente disminuyó sobre la base per cápita y, sin duda, disminuyó en números reales debido a los recortes de los presupuestos.

Si el aprecio por el patrimonio es importante para mantener la integridad de una comunidad, entonces el aprecio debería crecer con esa comunidad. Ese es un imperativo moral. Y quienes formamos parte esencial de esa conexión debemos asumir la responsabilidad de fomentar ese crecimiento o, por lo menos, asumir la responsabilidad de vigilar su declive. Eso también es un imperativo moral. Corremos un riesgo si hacemos caso omiso de nuestros imperativos.

¿Cómo deberían abrazar esa responsabilidad y hacer lo correcto los intérpretes profesionales liderados por la NAI? Aquí está mi pequeña lista, en forma de una flota compuesta por seis *naves*. Espero que usted añada algunas naves propias a la flota:

Nave del estadista: Conviértase en defensor de la conservación del patrimonio allí donde se encuentre.

Nave del agente comercial: Sea un agente de la persuasión. Venda la idea de que el país no puede permitirse dar un portazo a su patrimonio por intereses políticos.

Nave del custodio: Invite a voluntarios, patrocinadores, suscriptores y amigos. Disfrute con ellos la interminable colección de relatos del patrimonio.

Nave del artesano: Conviértase en un experto en el dinámico campo de elaborar mensajes. Aprenda a hablar de internet, pero nunca olvide cómo *hablar de un árbol*.

Nave de liderazgo: Rompa la rutina. Levante la cabeza. Descubra cómo es de refrescante el aire que tiene frente a usted. Sea un activista. Opine.

Nave de la colaboración: Asuma la filosofía realista de que todos necesitamos ayuda. Este trabajo es muy importante como para ser el centro de atención, o incluso pretenderlo.

Todas las profesiones, incluidas las de servicio público, tienden a tener un efecto de estrechamiento en nuestras perspectivas e intereses. Sin embargo, la primera regla de la interpretación profesional es la relevancia. *Ser relevantes* nos obliga a salir de la fascinación de nuestros propios programas. Significa poner al cliente primero. Significa la escucha, la preocupación y la curiosidad. La relevancia es el timón de cada una de las naves de la flota. Ese timón nos conduce hacia un resultado compartido, a una conexión significativa: el propósito toda experiencia interpretativa.

Quizás lo más noble que podemos hacer por otras personas es hacerlos sentir relevantes, importantes, útiles, necesarios.

No es casualidad que relevancia sea la primera preocupación de los intérpretes profesionales.

Es imperativo provocar el interés de los demás por su propio patrimonio. El segundo paso, evidentemente, es conseguir su apoyo para la protección de ese patrimonio. Ya se llame *activismo*, *interés propio*, o se llame *imperativo moral*; en última instancia, esto es lo más importante que tiene entre manos la interpretación profesional. ¡Es una de mis convicciones fundamentales!

Will LaPage es autor de *Rethinking Park Protection*, CABI, 2012; y *Parks for Life*, Venture Pub. 2007.